La Despedida [1]

Goethe

¡Deja que adiós te diga con los ojos,
ya que a decirlo niéganse mis labios
¡La despedida es una cosa seria
aun para un hombre, como yo, templado!
Triste en el trance se nos hace, incluso
del amor la más dulce y tierna prueba;
frío se me antoja el beso de tu boca
floja tu mano, que la mía estrecha.

¡La caricia más leve, en otro tiempo
furtiva y volandera, me encantaba!
Era algo así cual la precoz violeta,
que en marzo en los jardines arrancaba.
Ya no más cortaré fragantes rosas
para con ellas coronar tu frente.
Paquita es primavera, pero otoño
para mí, por desgracia, será siempre.

La hermosa noche

Abandonar debo el chozo
donde vive mi adorada,
y con paso sigiloso
vago por la selva árida;
brilla la luna en la fronda,
alienta una brisa blanda,
y el abedul, columpiándose,
a ella eleva su fragancia.

¡Cómo me place el frescor
de la bella noche estiva!
¡Qué bien se siente aquí
lo que nos llena de dicha!
¡Trabajo cuesta decirlo!...
Y sin embargo, daría
yo mil noches como esta
por una junto a mi amiga.

A la luna

¡Oh tú, la hermana de la luz primera,
símbolo del amor en la tristeza!
Ciñe tu rostro encantador la bruma,
orlada de argentados resplandores;
Tu sigiloso paso de los antros
durante el día cerrados cual sepulcros (2),
a los tristes fantasmas despabila,
y a mí también y a las nocturnas aves.

Tu mirada domina escrutadora
y señorea el dilatado espacio.
¡Oh, elévame hasta ti, ponme a tu vera!
No niegues a mi ensueño esta ventura;
y en plácido reposo el caballero
pueda ver a hurtadillas de su amada,
las noches tras los vidrios enrejados.

Del contemplar la dicha incomparable,
de la distancia los tormentos calma,
yo tus rayos de luz concentro, ¡oh luna!,
y mi mirada aguzo, escrutadora;
poco a poco voy viendo los contornos
del bello cuerpo libre de tapujos,
y hacia él me inclino, tierno y anhelante,
cual tú hacia el de Endimión en otro tiempo.

La fuerza de la costumbre (3)

¡Amé ya antes de ahora, mas ahora es cuando amo!
Antes era el esclavo; ahora el servidor soy.
De todos el esclavo en otro tiempo era;
a una beldad tan solo mi vasallaje doy;
que ella también me sirve, gustosa, a fuer de arnante,
¿cómo con otra alguna a complacerme voy?

¡Creer imaginaba, pero ahora es cuando creo!
Y aunque raro parezca y hasta vituperable,
a la creyente grey muy gustoso me adhiero;
que al través de mil fuertes duras contrariedades,
de muy graves apuros e inminentes peligros,
todo de pronto leve se me hizo y tolerable.

¡Comidas hacía antes, pero ahora es cuando como!
Buen humor y alegría bulléndome en el cuerpo,
al sentarme a la mesa todo pesar olvido.
Engulle aprisa el joven y se va de bureo;
a mí, en cambio, me place yantar en sitio alegre;
saboreo los manjares y en su olor me recreo.

¡Antaño bebí, hoy es cuando bebo a gusto!
El vino nos eleva, nos hace soberanos
y las lenguas esclavas desata y manumite.
Sí, sedante bebida no escatiméis, hermanos,
que si del rancio vino los toneles se agotan,
ya en la bodega el nuevo mosto se está enranciando.

La danza practiqué e hice su panegírico,
y en cuanto oía sonar la invitación al baile
ya estaba yo marcando mis honestas posturas.
Y aquel que muchas flores cortó primaverales,
por más que todas ellas a guardar no acertara,
siempre le queda, al menos, un ramo razonable.

¡Sus, y a la obra de nuevo! No pienses ni caviles;
que quien amar no sabe a las floridas rosas
solo encuentra después espinas que le pinchen.
Del sol, hoy como ayer, fulge la enorme antorcha;
de las cabezas bajas aléjate prudente,
y haz que tu vida empiece de nuevo a cada hora.

Ergo bibamus

Unidos aquí estamos para una accion laudable;
por tanto, hermanos míos, arriba. *Ergo bibamus!*
Resuenen nuestros vasos y callen nuestas lenguas;
levantar vuestras almas muy bien. *Ergo bibamus!*

He aquí una sentencia tan vieja como sabia;
conserva su vigencia hoy lo mismo que antaño,
y un eco nos aporta de espléndidos festines,
esta jovial y grata consigna: *Ergo bibamus!*

Hoy he visto a mi dulce amada placentera;
al punto fui y me dije: "Bueno está. *Ergo bibamus!"*
Me acerqué sin recelo y ella me acogió bien.
Y entonces repetí mi alegre *Ergo bibamus!*

Mas lo mismo si os mima y os acaricia y besa,
que si nos niega adusta su corazón y brazos,

¿qué recurso nos queda, mientras no nos sonríe,
que de nuevo apelar al viejo *Ergo bibamus!*

De los amigos lejos cruel destino me lleva.
¡Oh fieles camaradas! ¿Qué hacer? *Ergo bibamus!*
Ya me marcho cargado con liviano bagaje;
quiere decir se impone un doble *Ergo bibamus!*

Y aunque a veces el cuerpo la carcoma nos roa,
nunca de la alegría vacío el tesoro hallamos;
que el alegre al alegre suele prestar rumboso,
así que, hermanos mios, ¡venga un *Ergo bibamus!*

Ahora bien: zqué debemos cantar en este día?
¡Yo tan sólo pensaba cantar *Ergo bibamus!*
Pero recuero ahora su especial importancia;
así que alzar las voces. De nuevo *Ergo bibamus!*

Este día se nos mete la dicha por la puerta;
resplandecen las nubes, tiembla el trigo dorado;
y una imagen divina brilla ante nuestros ojos;
así que alegremente cantad *Ergo bibamus!*

Mignon

—¿Conoces el país do medra el limonero
y doradas naranjas bajo la parra brillan?
Del cielo azul un leve céfiro se desprende
plácido el arrayán y altivo el laurel vibran.
¿Conoces el país?, dime.
—¡Oh, sí, allá
contigo, amado mío, quisiera yo volar'

—¿Conoces tú la casa? Su techo se sostiene
sobre columnas; fulgen el salón y las cámaras,
y marmóreas estatuas, mirándome, se yerguen;
Oh, ¿qué te han hecho, dime, mi pobre malpocada?
¿Conoces el país?, dime.
—¡Oh, sí, allá
contigo, mi ángel bueno, quisiera yo volar!

—¿Conoces la montaña y su nubosa senda?
La mula, entre niebla va buscando el camino
del dragón en las cuevas la vieja raza anida;
rueda la roca y cae y en el agua se abisma.
¿Lo conoces tú?, dime.

—¡Oh, sí, allá
oh padre mío, debemos el paso enderezar!

La violeta

En la pradera una violeta había
encorvada y perdida entre la yerba,
con todo y ser una gentil violeta.
Una linda pastora,
con leve paso y desenfado alegre,
llegó cruzando por el prado verde,
y este canto se escapa de su boca:

—¡Ay! Si yo fuera—la violeta dice—
la flor más bella de las flores todas...,
pero tan solo una violeta soy,
¡condenada a morir sobre el corpiño
de una muchacha loca!
¡Ah, mi reinado es breve en demasía;
tan solo un cuarto de hora!

En tanto que cantaba, la doncella,
sin fijarse en la pobre violetilla,
hollóla con sus pies hasta aplastarla.
Y al sucumbir, pensó la florecilla,
todavia con orgullo:

—Es ella, al menos,
quien la muerte me da con sus pies lindos,
no me ha sido del todo el sino adverso.

El pescador

Hinchada el agua, espumajea,
mientras sentado el pescador
que algúnn pez muerda el anzuelo
plácido aguarda y bonachón.
De pronto la onda se rasga,
y de su seno—¡oh maravilla!—
toda mojada, una mujer
saca su grácil figurilla.

Y con voz rítmica le increpa:
—¿Por qué, valiéndote de mañas,

hombre cruel, tiras de mí
para que muera en esta playa?
¡Si tú supieras qué delicia
allá se goza bajo el agua,
tal como estas te arrojarías
al mar, dejando en paz la caña!

¿No ves al sol, no ves la luna
cómo en las ondas se recrean?
¿Doble de hermosos no parecen
cuando en las agujas se reflejan?
¿No te seduce el hondo cielo
cuando su azul, húmedo muesta?
Cuando este aljófar lo salpica,
¿del propio rostro no te prendas?

Hinchada el agua, espumajea,
del pescador lame los pies;
siente el cuitado una nostalgia,
cual si a su amada viera fiel.
Cantaba un tanto la sirena,
todo pasó en un santiamén;
tiró ella de él, resbaló el hombre,
nunca más se dejó ver.

El rey de los silfos

¿Quién tan tarde cabalga en la ventosa noche?
Un padre con su hijo, a lomos del corcel
bien cogido lo lleva en sus brazos, seguro
y caliente al recaudo de su regazo fiel.

—Hijo mío, por qué escondes así triste tu rostro?
—¿Es que el rey de los silfos, oh padre, tú no ves?
¿De los silfos el rey con su corona y manto?

—¡Es la bruma, hijo mio, quien eso te hace ver!
¡Oh lindo niño, anda, ven conmigo ligero!
Verás que alegres juegos allí te enseñaré
¡y qué flores tan raras en mi orilla florecen,
y qué doradas vestes mi madre sabe hacer!

—Padre mío, padre mío, ¿no oyes tú las promesas
con que el rey de los silfos me pretende atraer?
—No hagas caso, hijo mío, que es el cierzo que agita
de la agostada fronda del bosque la aridez.

—Lindo niño, ¿no quieres venir a mi palacio?
Te aguardan mis hermosas hijas bajo el dintel.
Por turno en la alta noche arrullarán tu sueño
y sus danzas y cantos sabrán entretejer.

—Padre mío, padre mío, ¿no ves allá en la sombra
las hijas del monarca bellas resplandecer?
—Hijo mío, no hagas caso, es la vaga espesura;
no hay nada sino eso, que lo distingo bien.

—Lindo niño, me encanta tu belleza divina;
si no de grado vienes, la fuerza emplearé,
—¡Padre mío, padre mío, mira cómo me coge;
daño me hacen sus manos; padre, defiéndeme!

Siente temor el padre y su bridón aguija;
contra su pecho aprieta al lloroso doncel;
de su casona el atrio por fin alcanzar logra.
Mira, y muerto al instante entre sus brazos ve.

Elegías Romanas

1

A vosotros debemos el saber
que hemos sido felices una vez.

¡Decid, piedras; hablad vosotros, altos palacios!
¡Una palabra, oh vías! Genio, ¿no te conmueves?
Sí, un alma tiene todo dentro tus sacros muros,
¡oh Roma eterna! Solo que aun para mí está muda.
¡Oh, quién podría decirme en qué ventana antaño
vi la pura beldad cuyo fuego es un bálsamo!
¡Ay, qué torpe mi alma no adivina aún la senda,
vagando por la cual tiempo perdí precioso!
Templos, palacios, ruinas y columnas hoy miro
cual hombre que al viajar sacar provecho sabe.
Mas pronto su tarea termina y solo queda
un templo, el del amor, que a iniciados acoge.
¡Un mundo, en verdad, eres, Roma! Mas sin Amor,
¡ni el mundo sería mundo ni Roma fueras tú!

Elegías (2)

2

¡Rendid a quien queráis, parias! ¡Yo estoy ya a salvo!
Bellas damas, señores de la más rancia alcurnia,
comunicaos noticias de los viejos parientes
y a la cohibida charla siga el insulso juego.
Y vosotros también, con vuestras sosas peñas,
grandes y chicas, todo de tedio me llenáis,
repitiendo esas sandias políticas noticias
que a lo largo de Europa persiguen al viajero.
Igual que la canción de Mambrú a aquel inglés,
de París a Liorna y a Roma y aun a Nápoles,
antaño persiguiera; y si a Esmirna bogara,
también a recibirle allí Mambrú saliera.
Pues lo mismo yo ahora tengo que oír por doquier
censuras para el pueblo, para los reyes críticas.
Así que no tan pronto descubráis mi refugio,
que Amor, regio mecenas, se dignara prestarme.
Cúbrenme allí sus alas; y mi romana bella,
a fuer de tal no teme las lenguas viperinas;
de chismes no se cuida, que adivinar tan solo
los deseos del amado, solicita, pretende.
Del extranjero plácenle los libres, rudos modos,
que de montes y nieves y de cabañas dícenle;
la llama que en su pecho ella prende, comparte,
y celebra no aprecie como el romano el oro.
Mejor servida ahora su mesa está; de sobra
tiene trajes y un coche que la lleve a la Ópera.
De su nórtico huésped hija y madre se ufanan,
y en sus romanos pechos el bárbaro domina.

Elegías (3)

3

¡No te pese, oh amada, tan pronto haberte dado!
Segura está; de ti yo nada malo pienso.
Por m odo muy diverso de Amor las flechas hieren:
las hay que el corazón lentamente envenenan,
y las hay que buidas, traspasan la médula
y en fiebre fulminante la sangre nos inflaman.
En los heroicos tiempos en que dioses y diosas
amaban, iban juntos mirada, deseo y goce.
¿Crees que usó de remilgos con el joven Anquisos
Venus cuando en los campos vio su apuesta figura?
¿Ni que al joven durmiente respetara la Luna,

sabiendo que, envidiosa, despertaríalo el Alba?
Miró Hero a su Leandro en medio de la fiesta,
y llegada la noche lanzóse él a las ondas.
Por agua al Tíber iba la virginal princesa
Rea Silvia, cuando Amor hirióla con su dardo.
¡Así Marte engendró sus hijos!... Una loba
amamantólos!... ¡Roma fue así reina del mundo!

Elegías (4)

4

Piadosos los amantes somos; culto rendimos
a todos los demonios, a todo Dios honramos.
¡Iguales a vosotros, romanos triunfadores!,
que en Roma a todos ellos ofrecisteis albergue;
a los egipcios, templos de nocturno basalto,
de blanco alegre mármol a los dioses de Grecia.
No habrán, pues, de enojarse, si en honor de uno de ellos
quemamos un incienso raramente preciado.
Porque, no lo negamos, a un dios especialmente
cada día dedicamos nuestras preces e incienso.
Gravemente joviales, en secreto oficiamos,
y diz que tal secreto al iniciado cuadra.
Antes de las Erinnias la furia arrostraríamos
antes sufrir querríamos de Jove los rigores
en la rueda y la roca, que del grato servicio
amoroso perder el gustoso entusiasmo;
la diosa que adoramos se llama la Ocasión
y mostrársenos suele con mil varios aspectos.
De Prometeo pudiera la hija ser y de Tetis,
que con astucia varia engañaba a los héroes.
Ella también éngaña al inexperto y sandio,
al dormilón esquiva y al vigilante ayuda,
pero solo se entrega al activo y osado;
con él vuélvese mansa y cariñosa y tierna.
Yo también pude verla; es morena, y copioso
su negro pelo cubre su frente en demasía,
enroscándose en rizos en torno a su garganta,
y en no peinadas ondas junto a sus sendas sienes.
No me paré a pensarlo; cogí a la fugitiva,
y mis besos y abrazos, experta, devolvióme.
¡Qué dichoso sentirme! Pero pasó aquel tiempo,
y de romanos lazos ahora ya libre estoy.

Elegías (5)

5

Esta clásica tierra felizmente me inspira;
pretérito y presente por igual me seducen.
De los antiguos sigo el consejo, y sus obras
con mano ansiosa hojeo, y siempre en ello gozo.
Mas Amor en la noche de otro modo me ocupa,
y por poco que aprenda doblemente me ufano.
Pero ¿es que aprendo poco contemplando las formas
de esta viva escultura que mis manos moldean?
Ahora es cuando comprendo al mármol; pues lo estudio
con ojos sensltlvos y con manos videntes.
Y si del día la amada alguna hora me niega,
en cambio de la noche me las concede todas.
No todo se va en besos; que también conversamos,
y cuando le entra el sueño yo despierto medito.
Más de un poema, en sus brazos, he rimado, y a fe
que tecleando en su espalda suavemente, escandía
los latinos hexámetros. En tanto, ella en su plácido
sueño alentaba un soplo que mi sangre encendía.
Atizaba su antorcha Amor y recordaba
los tiempos en que al célebre triunvirato asistiera (4).

Elegías (6)

6

"¿Es posible, ¡oh cruel!, que así tú me zahieras?
¿Se expresan de ese rnodo en tu país los amantes?
Pase que así lo haga el vulgo. ¡Con él peco...!
Aunque no; que a ti solo me siento yo obligada.
Estos trajes dirán a la mordaz vecina
que la viudita ya por su esposo no llora.
¿No te ponías tú mismo, en las noches de luna,
para venir a verme, un largo abrigo oscuro
y escondías tus melenas? ¿No fingiste el abate?
¿Conque tenía un prelado? ¡Y el prelado eras tú!
Pues, aunque no lo creas, ningún clérigo pudo
de mi favor Jactarse en la Roma levítica.
Y era joven y pobre, y ellos bien lo sabían.
Más de una vez miróme de reojo Falconieri
y Albani más de una, por medio de tercero,
a Ostia o las Cuatro Fuentes intentó atraerme en vano.
Jamás gracia me hicieron las medias encarnadas,

y menos todavía las de color morado...
Que si a broma mi madre lo tomaba, mi padre
me advertía: "Ten cuidado, que saldrás chasqueada.."
Y así, por fin, ha sido. Que si airado te finges
conmigo, solo es porque escaparte quieres...
Vete, pues, que no hay hombre que nuestro amor merezca:
su amor la mujer lleva, cual su niño, en el pecho.
En tanto que vosotros, al abrazar vehementes
con vuestro mismo ímpetu al atnor ahuyentáis..."
Así la amada habló, y al pequeno cogiendo,
entre besos y lágrimas contra el pecho apretólo...
¡Qué bochorno serltí, oh, qué ruines hablillas
de malignas comadres acluel cuadro empañaran!
Débil el fuego brilla y humea por un momento
cuando sobre su llama agua vertéis; mas pronto
se depura y acendra y más pujante torna
a elevar en el aire su penacho fulgente.

Elegías (7)

7

¡Cuán feliz soy en Roma! Evoco aquellos tiempos
en que la turbia luz del Norte me envolvia,
turbio y pesado el cielo sobre mí gravitaba,
y sin color ni forma se me mostraba el mundo,
haciendo que otease con pena los sombríos
senderos que se abrían ante el yo insatisfecho.
Ahora aquí, en el fulgente éter, los astros fulgen,
y Febo, el dios, las formas suscita y los colores.
Brilla en astros la noche, vibra en suaves canciones,
y más que sol del Norte la luna resplandece.
¡Qué dicha!... ¿Será un sueño? ¿De veras, padre Júpiter,
acoges a este huésped y tu ambrosía le brindas?
¡Ay', que a tus pies me postro y a tus rodillas tiendo
las manos implorantes..., oh Jove hospitalario!
No sé cómo hasta aquí llegara; al peregrino
de la mano cogióle Hebe, y aquí le trajo...
¿Acaso le ordenaste que un héroe te trajera?
¿Y ella erró la elección?... Pues su error aprovecho...
Perdona... que Fortuna también es hija tuya...
Y a capricho, cual hembra, sus favores reparte...
¿No eres hospitalario?... ¡Pues no arrojes entonces
al huésped de tu Olimpo, lanzándolo a la tierra!
"Poeta. ¡Mucho te encumbras!..." "Perdona: el Capitolio
es tu segundo Olimpo, padre Jove... Tolera

mi presencia un momento, que luego Hermes alígero,
conduciráme al Arco por delante de Cestio."

Elegías (8)

8

Cuando dícesme, amada, que nunca te miraron
con grado los hombres, ni hizo caso la madre
de ti, hasta qeue en silencio una mujer te hiciste,
lo dudo y me complace imaginarte rara,
que asimismo a la vid faltan color y forma,
cuando ya la frambuesa a dioses y hombres seduce.

Elegías (9 y 10)

9

Brilla otoñal la llama de los campestres lares;
chisporrotea trepando por el sarmiento aprisa.
Más que nunca esta noche me agrada, pues aun antes
que la rama se tueste y se cambie en rescoldo
ha llegado mi amada. Reanímanse los leños,
y la noche nos brinda tibia y fulgente fiesta.
Cuando en el alba aprisa del nupcial lecho salte,
tornará a suscitar del rescoldo la llama.
Pues, aparte otros dones, Amor le ha concedido
despabilar los goces si a dormitar empiezan...

10

Alejandro y Julio (5), y Enrique y Federico,
de buen grado me dieran la mitad de su gloria
porque solo una noche mi lecho les cediera;
mas, ¡ay, qué pobrecillos!, presos los tiene el Orco.
Así que date prisa a gozar, tú que vives,
antes que al pie fugaz te eche el lazo Leteo.

Elegías (11)

11

¡Oh Gracias! E1 poeta en vuestro altar depone
estas pocas hojillas en que rosas apuntan.
Complacido os ofrenda, que siempre se complace
el artista en su estudio, aunque un panteón semeje.
Su frente baja Jove y la suya alza Juno;
Febo avanza y sacude su rizada melena;
adusta, Palas mira, y el alígero Hermes
vuelve a un lado sus ojos, zumbones como tiernos.
Pero es a Baco, solo, soñador e indolente,
en quien Citeres fija sus ardientes miradas
de juvenil deseo que aun en el mármol tiemblan.
Recuerda sus caricias y preguntar parece:
"¿Por qué no estará aquí conmigo el guapo mozo?"

Elegías (12)

12

¿No percibes, amada, la alegre gritería
que en la flaminia senda resuena? Son braceros,
segadores que al fin tornan al patrio lar.
Cogieron ya la próvida cosecha del romano
que ni aun a Ceres misma corona ofrendar quiere.
De la gran diosa en honra fiestas no se celebran,
que en lugar de bellotas áureo trigo da al hombre.
¡Más el jocundo rito nosotros cumpliremos!
Que dos amantes juntos igual que un pueblo montan.
De aquel místico triunfo que a1 vencedor seguía,
arrancando de Eleusis, chablar tú nunca oíste?
Los griegos lo fundaron, y aun en la propia Roma
ellos solo gritaban: "¡ Honrad la sacra noche!"
Alejado el profano, expectante el neófito,
temblaba en su alba veste, de la pureza símbolo.
En tanto, el iniciado con asombro vagaba
por entre extraños corros, de figuras de ensueño,
sibilantes serpientes; cerrados cofrecillos
de espigas coronados portaban las doncellas;
sibilinos visajes el sacerdote hacía,
e impaciente el neófito, por la luz suspiraba.
Solo tras muchas pruebas descifrar le era dado
los misterios de aquellas simbólicas pinturas.
¡Y cuál era el arcano! Pues que también Deméter,
la gran diosa, de un héroe prendóse cierto día,
de Jasón, el monarca de Creta, valeroso,

y su cuerpo inmortal, inviolado, entrególe.
¡Oh Creta venturosa! Rebosantes de espigas
ve sus campos, que lecho a excelso amor brindaran.
En tanto al demás mundo la penuria afligía
por no rendir tributo a la gran diosa amable.
E1 iniciado, atónito, la leyenda escuchaba
y a la amada guiñaba el ojo...—¿lo estás viendo?—
¡Ese arrayán frondoso cubre un lugar sagrado!
¡Nuestro placer a nadie hacerle daño puede!

Elegías (13)

13

¡Un pícaro es Arnor que a quien lo cree engaña!
Humildoso a mí vino: "De mí no desconfíes;
contigo soy leal, que tu vida y tu lira
a cantar mis loanzas bien sé que consagraste...
Mira: hasta a Roma misma te he seguido, y quisiera,
en esta tierra extraña, procurarte algún gusto.
Quéjanse los viajeros de las malas posadas,
mas la que Amor procura es grata y placentera.
Asombrado contemplas las antiguas ruinas
y cruzas reverente estos sagrados ámbitos.
Los valiosos vestigios prefieres de esas obras
cuyos autores yo de visitar gustara.
¡Esas formas yo mismo las plasmé! ¡No es jactancia;
tú mismo reconoces que lo que digo es cierto!
Tú en mi servicio ahora andas flojo: ¿dó están
las formas, los colores de tus creaciones bellas?
¿De nuevo la escultura te atrae? Aún está abierta
de los griegos la escuela, a pesar de los siglos.
Yo, el maestro, soy joven siempre y al joven amo.
¡A1 viejo resabiado aborrezco! ¡Alegría!
Que en su tiempo los viejos maestros fueron jóvenes.
¡Diviértete y reviva en ti la antigua edad!
¿De dónde sacarás para tus cantos tema?
Del amor solamente, y para eso en mí fía."
Así el sofista habló. ¿Cómo contradecirle?
Y diz que yo hecho estoy a acatar sus mandatos.
Pero, ¡ay el traidorzuelo!, que si asunto me dio
para canciones, tiempo también robóme y calma;
miradas tiernas, besos y palabricas dulces
las amantes parejas en cambiar se complacen.
Es susurro la charla, es balbuceo el palique,
y de toda medida horro el himno resuena.
¡Oh Aurora, antario solo de las Musas amiga!

¿Es que también a ti el tuno Amor sedujo?
Su amigo ahora te muestras y cada día del sueño
despiértasme tan solo porque en su altar oficie...
Sus rizos en mi pecho descansan. Su cabeza
en mi brazo se apoya, que su cuello rodea.
¡Qué alegre despertar! ¡No disipes, oh tiempo,
la imagen del placer que en el sueño me halaga!
¡Muévese amodorrada, vuélvese al otro lado,
y, no obstante, su mano de la mía no se suelta!
Sincero amor nos une y querencia leal,
y la variedad sirve al deseo de acicate.
Su manecita aprieta, y nuevamente abierto,
el cielo de sus ojos me sonríe... ¡Oh, no, aguarda!
¡No los abras aún! Que me turban, marean,
y gustar no me dejan placer contemplativo...
¡Qué formas tan divinas! ¡Qué contornos tan nobles!
Durmiera así Ariadna, ¿la dejaras, Teseo,
sin una vez siquiera besar tan lindos labios?
Pero ya despertó... ¡Ya por siempre te quedas!...

Elegías (14)

14

"¡Mozo, enciende la lámpara!" "¡Aún es de día! ¿Por qué
gastar en balde aceite? ¡No cerréis las ventanas!
Tras las casas el sol, o tras los montes, pónese
aquí. Y aún media hora para la noche falta..."
"Cállate y obedece! A mi amada yo espero..."
¡Oh lámpara, emisaria de la noche, consuélame!

Elegías (15)

15

¡A Britania remota nunca a César siguiera;
más bien a]a taberna con Floro me habría ido!
Que del Norte las tristes brumas me son odiosas
más que ruidosa plebe del claro mediodía.
Y de hoy más os adoro, tabernas, "hosterías",
cual muy cumplidamente os designa el romano.
Pues en una vez pude a mi amada en unión
de ese tío a quien por mí tan zalamera engaña.

Aquí estaba mi mesa rodeada de alemanes;
más allá con su madre se hallaba la muchacha,
y en su banco volverse acertaba de modo
que de perfil su cara y su nuca yo viera.
Alto hablaba, cual suelen hacerlo las romanas,
y el vino, por mirarme, sobre el mantel vertía.
Corría sobre la mesa, y con travieso dedo
ella hacía garabatos sobre la húmeda tabla;
nuestros nombres unidos trazaba; yo, curioso,
de sus dedos el grácil movimiento seguía,
hasta que al fin las cinco en estilo romano
con un palo delante dibujó. Y en seguida
borrólo todo, cauta, de un manotazo. Pero
de mi mente borrar no consiguió las cuatro.
Pensativo quedéme y los ardientes labios
mordíme de regusto al par que de impaciencia.
¡Qué largo hasta la noche! ¡Cuatro horas todavía!
¡Oh sol, cuál te demoras tu Roma contemplando!
Nada más grande viste, ni nunca habrás de ver,
según te prometiera tu sacerdote Horacio.
¡Mas no te detengas, y por favor aparta
de las siete colinas tu mirada más pronto!
Por amor a un poeta, abrevia las magníficas
horas que, embelesado, el pintor aprovecha;
que fugaz se deslice tu cálida mirada
por las altas fachadas, cúpulas y obeliscos;
corre ligero al mar, y madruga mañana
para ver lo que ha siglos divinamente gozas:
estas riberas en que de antiguo el junco medra,
esas cimas que densos bosques de sombra cubren.
Alguna choza antano; y de pronto presencias
la actividad alegre de un pueblo de bandidos.
De mil puntos diversos a este lugar acuden,
y apenas si algún otro tus miradas cautiva.
Viste primero un mundo aquí agitarse; luego
un mundo de ruinas que de nuevo se yergue.
Quiera amable la Parca hilarme un largo cabo,
para que largo tiempo aún aquí tu luz vea.
¡Pero que venga pronto la bien trazada hora!
¡Qué suerte! Esu aquí ya... No...¡son solo las tres!
¡Oh caras Musas mías!, entretened mi tedio
en tanto separado de mi amada me aburro...
¡Pero quedad con Dios! Me voy... no os molestéis,
que Amor sobre vosotras primacía siempre tuvo.

Elegías (16)

16

"Por qué, oh amado, hoy no viniste a la viña?
Según te prometiera, allí te aguardé sola."
"Ya fui, mi dulce amiga; solo que por fortuna
a tiempo vi a tu tío, que andaba entre las cepas,
y cauto me escurrí..." "¡Oh, qué tonto que fuiste!
¡Si era un espantapájaros que con trapos y cañas
pergeñara! ¡Qué pena!, yo mismo me hice el daño...
De suerte, pues, que el viejo se salió con la suya
y al pájaro ahuyentó que uva roba y sobrina.

Elegías (17)

17

Muchos ruidos me enojan; pero el ladrar de un perro
es el que yo más odio, pues me desgarra el tímpano.
Pero hay uno al que oigo ladrar con gran fruición,
y es el de mi vecino, pues una vez ladróle
a mi amada, y por poco nos descubre el indino.
Ahora cuando ladrar lo oigo, pienso: "¡Ella viene!"
O con nostalgia evoco aquella vez que vino.

Elegías (18)

18

Hay otra cosa más que me pone furioso
y los nervios me crispa, sin que evitarlo pueda,
de pensarlo tan solo...; os lo diré, ¡oh amigos!:
E1 pasar en el lecho solitario las noches,
así como también el recelar serpientes,
del amor en la senda, y veneno en las rosas
del placer, cuando en medio del supremo deleite
la inquietud en tu oído su zumbido insinúa.
Por eso soy dichoso con Faustina, que el lecho
conmigo muy gustosa comparte, fiel al fiel.
A la audaz juventud el obstáculo encanta;
a mí, empero, me place gozar del bien seguro.
¡Oh sin par beatitud! ¡Cambiar besos tranquilos,
sorberse sin temor el aliento y la vida!
Así las largas noches ambos a dos gozamos,

y pecho contra pecho oímos fuera la lluvia
y el viento rugir. Luego alborea la mañana,
que nuevas flores trae, del nuevo día atavío.
¡No me neguéis, oh quirites, esta suprema dicha,
y permitid benignos que todos la disfruten!

Elegías (19)

19

Dificil es guardar la buena fama que esta
con Amor, mi alto dueño, sé que reñida está.
¿Por ventura sabéis de esa pugna la causa?
Viejas historias son que contar no rehuso.
Esa diosa potente nunca fuera bienquista
en sociedad, que gusta de llevar la batuta;
y así siempre en las altas, divinas asambleas,
en contra tuvo a grandes, pequeños y medianos.
Una vez, por ejemplo, jactóse tanfarrona
de haber esclavizado al bello hijo de Jove.
"Renacido, a mi Hércules aquí te traigo, ¡oh Júpiter!
—exclamó, jactanciosa—, que este no es ya aquel Hércules
que en Alcmena tuvieras, y el culto que me rinde
en un dios le convierte para todo mortal.
Si su mirada eleva al Olimpo, tú crees
que a tus rodillas mira...; ¡perdona!..., es a mí sola
a quien el héroe busca y sólo por mí, intrépido,
por merecerme, huella caminos nunca hollados.
Mas yo también al paso le salgo y encarezco
su fama antes que haya la hazaña acometido.
Me desposaste antaño con él... y ha de ser mío;
venció a las Amazonas..., mas yo lo venzo a él..."
Todos callaban serios ante la fanfarrona,
a fin de no enojarla, que es ducha en urdir tretas.
Mas Amor, que allí estaba, escurrióse ladino,
y por Venus de Hércules el pecho inflamó astuto.
Luego trocó travieso de los dos los arreos;
con la piel de león cargó ella y con la maza.
E1 héroe sus cabellos sembró de varias flores
y dócil a la rueca prestó su fuerte puño.
Luego que así los tuvo, Amor corre y convoca
para que se diviertan a todos los olímpicos.
"¡Mirad qué hazaña! ¡Nunca jamás vieran los cielos
ni la tierra ni el sol, incansable en su curso,
prodigio semejante al que a mostraros voy!"
Acuden todos luego en sus dichos fiando,
ya que en serio hubo hablado; la Fama la primera;

y ¿quién diréis que goza más que ninguno viendo
al héroe degradado? Pues Juno, que sonríe
en tanto que la Fama su pesar harto muestra.
A1 principio reía. "¡Esas son sólo máscaras!
Yo conozco a mi héroe. ¡Esa es una comedia!"
Mas con dolor descubre después que no hay tal cosa.
No padeció Vulcano la milésima parte
cuando a su esposa viera con Marte allá en la fragua
cogidos en la red que él propio les tendiera,
aún en el dulce arrobo de su amor embebidos.
¡Cómo se divertían Mercurio y Baco, jóvenes!
"En verdad $#151;confesaban— que es una buena idea
descansar en el seno de hembra tan deliciosa."
"Por favor—suplicaban—. No los sueltes, Vulcano,
que los queremos ver." Y Vulcano accediera.
Mas la Fama alejóse enojada, afligida.
Desde entonces la pugna no cesa entre ambos dioses;
en cuanto un héroe surge, ya el Amor está en danza.
Quien más honra la Fama es quien él más embroma,
y cuanto más moral más expuesto está el hombre,
que si huir de él intenta su situación agrava.
Lindas mozas 1e ofrece; si loco las desprecia,
en su pecho una airada saeta híncale luego.
Del hombre hace que el hombre se prenda, y aun deseo
de las bestias le infunde; y al beato
criminales placeres le hace gustar inquieto.
Pero también a él la Fama lo persigue;
no bien lo ve a tu lado tu enemiga se vuelve;
te pone cara adusta, despectiva y colérica;
abandona los lares que su rival frecuenta.
Tal a mí me sucede; ya a padecer empiezo;
que la diosa, celosa, mi misterio investiga.
Mas yo callo y acato; igual que yo, los griegos
padecieran antaño por las divinas luchas.

Elegías (20)

20

Cuadra al hombre energia y el aire desenvuelto,
mas guardar el sigilo todavia más le cumple.
¡Oh príncipe Silencio! Tú conquistas ciudades,
tú siempre por la vida me llevaste sin riesgo;
ahora en cambio... ese tuno de Amor la lengua suelta
de mi Musa y la mía, tanto tiempo coartada.
¡Ahora ya no veo medio de escapar al sonrojo!
Que Midas no logró cubrir con la corona

ni con el gorro frigio sus asnales orejas;
vióselas su criado, y tal su pecho graba
el secreto, que trata de enterrarlo en la tierra;
mal sabe guardar esta secretos de tal monta,
y así en seguida brotan mil susurrantes cañas
que publican: "¡De asno tiene Midas orejas!"
Bueno; pues más me cuesta a mí guardar mi dulce
secreto, que mis labios del corazón rebosan.
De amiga alguna puedo fiar, me reñiría;
ni de amigos tampoco, que correría peligro.
Y no soy harto joven ni tan solo me encuentro
que pueda confiarle mi secreto a las rocas.
A vosotros lo fío, hexámetro y pentámetro;
decid, pues, cuánto gozo me aportan día y noche.
De tantos halagada, evita ella las redes
que abiertamente el fatuo y en secreto el ladino
le tienden; hábilmente los burla, y el camino
sigue donde el más fiel amador siempre aguarda.
¡Núblate, oh luna' ¡Viene! ¡Que no la vea el vecino!
¡Alborota la fronda, viento! ¡No oiga su paso!
Y vosotras, el vuelo alzad, caras canciones,
en este suave soplo del amoroso céfiro,
y a los quirites altos, cual las gárrulas cañas,
revelad finalmente nuestro dulce secreto.

Notas

(1) Der Abschied. Compuesta en 1770, cuando Goethe, al trasladarse a Estrasburgo, hubo de despedirse de Francisca Crespel.

(2) *Cual sepulcro* es una interpolación del traductor por exigencias de la rima.

(3) Poesía compuesta el 10 de abril de 1813, en Oschatz, en el curso del viaje a Bohemia, como réplica a la canción de Solwig *Antaño amé, ya no amo*.

(4) Se refiere a los tres poetas amatorios: Propercio, Tíbulo, Catulo.

(5) Julio César.